



ZITLALA, EN LA MONTAÑA BAJA DE GUERRERO FOTOS: FRANCISCO OLVERA/LA JORNADA

En estos momentos oscuros: un ensayo de Javier Sicilia

Cherán, Virikuta, Atlapulco: en defensa de los territorios ancestrales

Umbral: Los pueblos piensan y actúan diferente

Un poema zapoteco de Esteban Ríos Cruz

Los tigres de Zitlala, Guerrero: fotos de Francisco Olvera

Los pueblos piensan y actúan diferente

Tan previsible como lamentable ha sido el empecinamiento del gobierno calderoniano en su guerra (en sus términos), como si las gentes no contáramos. Cuestionado en las últimas semanas como no lo había sido desde que comenzó su periodo (los desastres, como los enanos de Werner Herzog, también comenzaron desde pequeños), lo más que acierta a declarar es que escuchará los reclamos de los ciudadanos que piensan diferente, intercambiará impresiones si se puede, pero de que va a cambiar, ni pensarlo. Su-estrategia-es-la-buena-y-los-buenos-van-ganando.

Pues que con su pan se lo coma. Pueblos y ciudadanos de a pie ya caminan en su propia dirección.

Los gobernantes, montados en una guerra desorganizada que para nosotros es esencialmente ajena, ni lo mencionan (y menos los periódicos paleros y los noticieros ídem) pero tienen abierto además un frente contra las comunidades indígenas de todo el país. Existen estrategias de agresión, confrontación y despojo, intensa promoción de la desintegración comunitaria, cerco militar, policiaco, paramilitar. Y viendo la composición y los métodos de algunos grupos criminales “organizados”, quizá sea hora de reformular el significado de lo “paramilitar”.

¿O qué son los vándalos que asaltan a los pueblos tepehuanes en Durango, que man las casas, asesinan impunemente, y hasta reinciden? ¿Los atacantes, tan brutales, de los comuneros purhépechas de Cherán? ¿Los cazadores de varones en la sierra Tarahumara, un genocidio en marcha pero encubierto? ¿Los saqueadores de la *Radio Huave* y su evidente intención de silenciarla? ¿Los usurpadores que tienen a cinco tzeltales presos y una comunidad sitiada en San Sebastián Bachajón? ¿Los que entran a matar en la sierra de Petatlán?

Según el empresarial Centro de Estudios, Investigaciones e Innovación Tecnológica de la Valuación para América Latina, 40 por ciento de la tierra ejidal ha

sido vendida en los pasados 19 años, desde que se reformó (¿reformuló) el artículo 27 constitucional, en la gran hazaña salinista (plus Arturo Warman) que dio inicio a la debacle neoliberal del agro mexicano. No obstante, si bien la situación de la propiedad indígena y campesina es grave, algunos analistas dudan de estos cálculos que no cuadran con otras investigaciones que demuestran que la resistencia de los ejidos y las comunidades, o al menos su desconfianza, han sido mayores a lo que esperaron las autoridades —se supone que competentes— de los últimos cuatro gobiernos de la vergüenza. Sus “programas” y “solidaridades” no han tenido ningún largo plazo; con sus engaños han abonado el estado de guerra continua, la expansión del narco, el sostenido incremento de la pobreza.

Dicho estado de guerra posee una vertiente vistosa y sangrienta: la que “combate” al crimen “organizado”. Pero hay otras guerras. La más extendida, junto con la mencionada, es la que va contra las comunidades originarias (es de exterminio según los zapatistas y el Congreso Nacional Indígena): atenaza la Huasteca potosina,

A Julio Ubiidxa

Esteban Ríos Cruz

Octubre tiene ojos de conejo espantado. Su luna brillante columpia sobre los árboles, bebe agua en los pozos, alucina a los perros que desvelan a la noche con sus ladridos. Es otoño, el viento desmemoriado deambula travieso haciendo reír a las ventanas.

Diidxa' guicaa Julio Ubiidxa

Beu chii napa yeló lexu cadxiibi.
Xpeu ni nayaanzisi' ne cannibi' lo yaga,
ré' nisa bizé, ruché xpiaani' ca bi'cu',
ni rebecca' xpacaanda' gueela' ne
xquendaridúxhuca.
Naca' guisbá, bi cadí gapa' guendarietanala'dxi'
canazá nadxi'ña' cuhxudixi ca diagayoo.

las sierras de Veracruz, los cucapá en el sobaco del mar de California, los nahuas del norte de Michoacán, y muy particularmente los pueblos mayas de Chiapas.

La inesperada y casi repentina aparición pública de las bases de apoyo del EZLN el 7 de mayo, hasta colmar la plaza central de San Cristóbal de las Casas, ni siquiera pretendió recordar la guerra que sus comunidades viven cotidianamente hace 17 años, los que llevan de resistencia, autonomía y buen gobierno. Los zapatistas se movilizaron para demandar un alto a las otras guerras de ese estado de guerra; esta vez no hablaron de la suya. A pesar del increíble, injustificado y antiprofesional silencio mediático, entre 15 y 20 mil indígenas zapatistas demostraron que aquí siguen, en guardia.

No son los únicos. Los wixárika andan defendiendo sus sierras jaliscienses, y en tierra adentro, el desierto de Virikuta. La policía comunitaria guerrerense tiene bien puesto el ojo en la Montaña organizada. En las comunidades zapotecas del Istmo de Tehuantepec crece el rechazo al fraude de las transnacionales españolas de energía eólica. Los pueblos yaquis están al pie del cañón para defender su río y su valle.

La guerra del gobierno contra el crimen es desorganizada, el enemigo no tiene forma y suele parecerse al poder institucional (de este reflejo mutuo van cuatro o más sexenios). Los pueblos indígenas en cambio no se les parecen. Piensan y actúan diferente. No dejan de organizarse. No permanecen impotentes ante el arrasamiento. Aprenden. Resisten. No han dejado de hacerlo.



Esteban Ríos Cruz, poeta en lengua didzá, zapoteca del Istmo, originario de Asunción Ixtaltepec, Oaxaca (1962). Es autor de *Dxi gueella' gaca' diidxa' / Cuando la noche sea palabra* (2006), *Ca diidxa' guchendú / Palabras germinadas* (2009) y *Caxquelaguidi dxizezá / Los huaraches del tiempo*.

Las fotos de **Francisco Olvera** fueron tomadas durante la celebración de las peleas de tigres, o *atzatzilisti*, en la comunidad nahua de Zitlala, en la Montaña baja de Guerrero, que cada año, en el mes de mayo, invoca las lluvias al inicio del ciclo agrícola.

suplementojarasca@gmail.com

La Jornada
Directora General: Carmen Lira Saade
Publicidad: Marco Hinojosa.

Ojarasca
Dirección: Hermann Bellinghausen
Coordinación editorial: Ramón Vera Herrera

Edición: Gloria Muñoz Ramírez
Redacción: Marcela Salas Cassani
Fotografía y Diseño: Yuriria Pantoja Millán
Caligrafía: Carolina de la Peña
Retoque fotográfico: Pablo Camacho
Asesoría técnica: Francisco del Toro

La Jornada Ojarasca es una publicación mensual

editada por DEMOS, Desarrollo de Medios, SA de CV. Av. Cuauhtémoc 1236, Col. Santa Cruz Atoyac, delegación Benito Juárez, cp. 03310, México DF. Teléfono: 9183 0300 y 9183 0400. • El contenido de los textos firmados es responsabilidad de los autores, y los que no, de los editores. Se autoriza la reproducción parcial o total de los materiales incluidos en Ojarasca, siempre y cuando se cite la fuente y el autor. ISSN: 0188-6592. Certificado de licitud de título y contenido: 14973, de septiembre de 2010. Reserva de título de la Dirección General del Derecho de Autor: 04-2010-070114295700-107. No se responde por materiales no solicitados. Impreso en Imprenta de Medios, SA de CV. Av. Cuicuilhuac 3353, Col. Ampliación Cosmopolita, México, DF.

te y el autor. ISSN: 0188-6592. Certificado de licitud de título y contenido: 14973, de septiembre de 2010. Reserva de título de la Dirección General del Derecho de Autor: 04-2010-070114295700-107. No se responde por materiales no solicitados. Impreso en Imprenta de Medios, SA de CV. Av. Cuicuilhuac 3353, Col. Ampliación Cosmopolita, México, DF.

En estos momentos oscuros

Proporción y revolución

Javier Sicilia

Este texto, de acuciante actualidad, se presentó en el Seminario Internacional de Reflexión y Análisis (diciembre de 2009-enero de 2010) en torno al libro colectivo *El planeta Tierra. Movimientos antisistémicos*, resultado del Coloquio en Memoria de Andrés Aubry (2008); ambos eventos, de inspiración zapatista, se efectuaron en la Universidad de la Tierra, Cideci (San Cristóbal de las Casas, Chiapas).

En estos momentos oscuros, no hemos vuelto a reunir para seguir pensando en lo que se discutió en 2008, rememorando al gran Andrés Aubry: el planeta Tierra y los movimientos antisistémicos. Las conclusiones resultaron más que certeras, en medio de la crisis que pensadores como Iván Illich, Jacques Ellul, Günther Anders y Hannah Arendt habían anunciado cincuenta años atrás con deslumbrante precisión. Las soluciones, sin embargo, permanecen difusas.

No es extraño. Vivimos un partea-guas histórico que, semejante al del siglo XII que inauguró para el mundo la era instrumental que nos acompañó hasta mediados del siglo XX, llegó a su límite para dar paso a una era inédita, la de los sistemas, que nos obliga a pensarla y a pensarnos frente a su nueva y descomunal destructividad. Por otro lado, nos encontramos en un punto en que se ha vuelto inviable la idea misma de revolución, como la concebimos desde que Gregorio VII, también en el siglo XII, llevó a cabo la primera reforma total del mundo.

Pueden esgrimirse tres razones. Primero, el fracaso de las ideologías históricas (en las que incluyo al liberalismo que nos asuela) ha hecho perder cualquier credibilidad en un cambio violento que mejore la suerte de los marginados.

Segundo, la toma del poder mediante la violencia es, como señalaba Albert Camus en 1948, “una idea romántica” que la sofisticación del armamento de los ejércitos ha vuelto ilusoria.

Tercero, suponiendo que pudieran repetirse 1810, 1910, 1956 en Cuba o, para referirnos a las revoluciones cuyas ambiciones eran universales, 1789 y 1917, no tendrían eficacia a no ser que Estados Unidos pudiera ponerse entre paréntesis y aislarse del mundo.

Sin embargo, las crisis que vivimos —graves turbulencias económicas,

guerra entre el gobierno y el crimen organizado, inoperancia de los partidos y las instituciones del Estado, movilizaciones sociales crecientes, aumento del despojo, la miseria, las fuerzas represivas y la criminalización de las protestas, destrucción cada vez más acendrada del campo y el ambiente, traiciones a las conquistas laborales que nacieron de 1910—, nos colocan en estado de revolución, es decir, en la necesidad de un cambio profundo.

¿Qué hacer?

Esa pregunta que Lenin se formuló y respondió en 1902, vuelve a plantearse con la misma perentoriedad de entonces, pero —he allí la condición inédita de nuestro tiempo— con la imposibilidad de responderla en los términos en que lo hizo el líder de la revolución bolchevique.

Pensando en la manera de enfrentar esta pregunta, encontré otra reflexión de Albert Camus, en su discurso de recepción del premio Nobel de literatura:

Cada generación se cree predestinada para rehacer el mundo. La mía sabe, sin embargo, que no lo rehará. Pero quizá su tarea es mayor. Consiste en impedir que el mundo se deshaga. Heredera de una historia corrompida en la que se mezclan las revoluciones decadentes, las técnicas que se han vuelto demenciales, los dioses muertos y las ideologías extenuadas, en la que los poderes medios pueden destruirlo todo, pero ya no saben convencer, en la que la inteligencia se ha rebajado hasta hacerse servidora del odio y de la opresión, esta generación ha tenido que restaurar en sí misma, a partir de sus únicas negaciones, un poco de lo que constituye la dignidad del vivir y del morir.

Esa afirmación es también la nuestra. De los mejores de la generación de

Camus a los mejores de las generaciones jóvenes —pienso en el movimiento zapatista, los Sin Tierra de Brasil, las comunidades del Arca—, el sentido que ocupa nuestra mente y nuestro quehacer ya no es el sueño de abstracciones que en nombre del mañana (Cielo, Paraíso, Proletariado, Raza, Democracia, Libertad) pueden arrasar a hombres, mujeres, niños, culturas vivas y tierra. Se trata de conservar los mundos que otros prepararon para nosotros, con el fin de que los que ahora están en él y los que vienen tengan un suelo, una memoria y una relación armoniosa con la tierra, las criaturas y sus prójimos.

Hay una diferencia entre Camus y nosotros. Él pertenecía a una generación de posguerra, cuando la técnica desarrollada por los nazis estuvo a punto de desintegrar el mundo. Creía que los países que lo habían vencido en nombre de la libertad podrían crear un pacto que permitiera una paz duradera;



creía, en este sentido, en una revolución internacional y universal que lograra crear un Parlamento que, elegido democráticamente a través de elecciones mundiales, pusiera “la ley por encima de los gobernantes y de los gobiernos” y pudiera distribuir equitativamente “hombres, materias primas, mercados comerciales y riquezas espirituales”. Creía en la moral, en las instituciones políticas y las “utopías relativas.” Creía, como era el entusiasmo de la época, en el progreso ordenado por la moral y la recta razón.

Nosotros pertenecemos a generaciones que, después de la muerte de Camus, han visto el arrasamiento de la globalización, la decadencia de las instituciones, y el Mercado voraz. La continuación de los genocidios en nombre de la Democracia o de Dios, la continuación de la eugenesia del doctor Menguele en la manipulación genética y la exploración del genoma, arrojadas por la asepsia de los laboratorios modernos y bajo la supervisión de los expertos ojos de los bioquímicos. Hemos visto el arrasamiento de los bosques y del campesino, la destrucción de culturas, mujeres, hombres, niños y ambiente en nombre del capital y el desarrollo. El fin del aquí, el allá, el más allá y las relaciones interpersonales, es decir, somáticas, cara a cara, por el espacio cibernético; la invasión del espacio público por el privado a través de la telefonía celular, y del espacio privado por el público a través de la televisión. Hemos visto el sometimiento de nuestra autonomía, y de nuestra libertad en el común, por el enchufamiento a todo tipo de sistemas: educativo, médico, carretero, televisivo, hidráulico, funerario.

Camus no tuvo tiempo de ver lo que otros más jóvenes, como Illich o Ellul, pudieron ver en su vejez, y que los indios y los despojados de sus ancestrales modos de vida viven día con día: la destrucción del suelo, el desarraigo, el fin de un mundo en armonía con los sentidos, el fin del mundo de la proporción. Si el que vivió Camus era un mundo que, como atestiguó Paul Celan en su poema *Fuga de la muerte*, desaparecía en el atorador humo de la técnica de los hornos crematorios, el nuestro, como atestiguó Iván Illich, es un mundo cuyo símbolo es el disco virtual de la computadora donde todo puede desaparecer como desaparece una línea que me disgusta apoyando mi dedo sobre la tecla *delete* (suprimir).

La historia, aunque viene de lejos y puede rastrearse a través de la lenta corrupción de lo mejor que llegó al mundo en el pobre pesebre de Belén, la lenta corrupción de la caridad y su sorprendente gratuidad tiene, en el orden de nuestro mundo sistémico, una historia próxima.

En la larga entrevista que al final de su vida le hizo David Cayle, y (*La era de los sistemas*) Iván Illich señalaba que en la primera mitad del siglo XX, en 1936 para ser precisos, empezó la extinción de

la era instrumental —que nació en el siglo XII con la conciencia de las herramientas y los grandes cambios técnicos que se sucedieron a partir de ella— y se abrió una era sistémica a partir del concepto de Alain Turing sobre la creación de un aparato de cálculo teórico, una “máquina universal”, “de estados discretos”, mejor conocida como “máquina de Turing” —origen de lo que llamamos “inteligencia artificial”.

Digamos, para distinguirlas y evitar caer en discursos extremadamente teóricos, que una herramienta, a diferencia de un sistema, es distinta a mí, puedo tomarla y dejarla, emplearla o no. Hay una distancia, una *distalidad*, una exterioridad y una libertad de uso. En cambio, en un sistema, cuya metáfora más completa es la computadora, me encuentro enchufado, soy parte de éste. Un automóvil —pensemos en ese “vocho” que la imbecilidad de Vicente Fox quería que cada mexicano poseyera, y no en uno de esos nuevos modelos climatizados y computarizados que fabrican las automotrices de todo el mundo— es todavía una herramienta, una herramienta compleja, sí, heterónoma, que prelude al sistema, pero aún herramienta. Si decido subirme debo utilizar una llave para encender el switch e incluso, en un momento determinado, emulando a Jean Robert, puedo mandarla a la chingada y ponerme a caminar. Sin embargo, una vez que lo puse en marcha y me enchufo a un conjunto de sistemas —carretero, de tránsito, jurídico—, soy una pija enchufada a un conjunto de extraños y complejos circuitos de los que no puedo prescindir si quiero usar esa herramienta.

Esto mismo puede aplicarse a la educación y a esos monstruos cibernéticos llamados Elba Esther y Lujambio, a la medicina, y al más terrible de todos, el sistema al que todos los otros están interconectados: la producción industrial, con su estructura técnica y sus herramientas y producciones complejas, el Mercado y el Estado.

De igual manera que interiorizamos con el transporte la necesidad de movernos en sus sistemas y trabajamos nuestros pies para hacer la menor compra en un supermercado o, para decirlo con Illich, de igual manera interiorizamos “la necesidad de salud y cuidados afirmando el derecho al diagnóstico, los analgésicos y los cuidados preventivos”. De esa misma forma, bajo el imperio de la industrialización, el Mercado y su custodia el Estado, interiorizamos otra gama inmensa de derechos: el derecho a un trabajo bien remunerado, celulares, la computadora, la televisión, la democracia representativa; en fin, al dinero (el sistema



fundamental que interconecta todos los sistemas bajo una de las formas más pueriles de la ética: el valor).

Desde que el capitalismo estableció el dinero como la medida suprema de una sociedad basada en la fabricación de valores, todo lo que entra en contacto con éste queda hechizado y subyugado por su poder. Desde ese momento es posible tasar cualquier cosa producida por las estructuras sociales como valor y bien, e interconectarlas. Ya se trate del empleo, la salud, el transporte, la escuela, un celular, una televisión, una homilía, una iglesia o el amor, el dinero se ha vuelto la categoría trascendental que interconecta todo. Ya no son Dios, que para Nicolás de Cusa era la *coincidentia oppositorum*, “la unidad de todos los contrarios”, ni las virtudes, ni los principios, los que fundan las relaciones humanas, sino el dinero, que garantiza la interconexión de la sociedad entera a través de las necesidades que nos imputa, convirtiendo todo en un “bien” que es tasado en su valor y puede incrementarse al infinito.

Esto, ya en sí mismo grave, no es lo peor. Lo peor es que el sistema nos ha engeñecido por completo. Si —vuelvo a Illich— en los años setenta, cuando todavía la era instrumental y la sistémica estaban empalmadas, “se podía hablar en términos plausibles de la ‘secularización de la esperanza’, [y] la sociedad perfecta, el futuro ideal, el más allá del horizonte despertaban todavía un deseo”; si en ese entonces la gente tenía fe en el poder de las instituciones y en su propia capacidad de participar en ellas —“aunque fuera un engaño”—[...] en la nueva era, el tipo humano es un individuo que, cogido por los tentáculos del sistema social, ha sido tragado por él” y ya no puede participar de ninguna esperanza. “Sorbido por el sistema se mira como un subsistema, con frecuencia un sistema

inmune, apto para mantener un equilibrio provisional a través de cualquier cambio en su entorno”.

Esta realidad hace que los que están más conectados al sistema quieran más dosis sistémicas, y los que cada vez son más excluidos —porque el sistema al igual que arrasa e incluye, segrega y despoja— exigen, como seres hechizados por éste, su derecho a enchufarse y gozar de la alegría de percibirse como un subsistema inmune.

De allí el malestar que vivimos; de allí también que vivamos en estado de revolución.

Sin embargo, la revolución que necesitamos no es la misma a la que después de 1789 nos acostumbramos y que a lo largo más de dos siglos se ha expresado con muchos rostros. Esas revoluciones terminaron por administrar la instrumentalidad y por conducirnos, de otra manera, al mundo sistémico que vivimos. La revolución que necesitamos es una que nos lleve a la conciencia de la proporción que la era instrumental, la de las herramientas complejas y, con mayor profundidad y horror la era sistémica, nos han arrancado.

En contra del sistema y de la instrumentalidad compleja del industrialismo la proporcionalidad es una realidad humana, es decir, somática; lo saben las culturas campesinas e indias, que mantienen una escala y relaciones directas con sus prójimos y el suelo. Es una “relación de naturaleza apropiada” que, como pensó Leopold Kohr y Gandhi lo vivió en su programa económico para India, nos invita a reflexionar sobre lo que conviene hacer guiados por el conocimiento del bien como virtud y no como valor. Una relación que, al mismo tiempo que otros prepararon para nosotros nos permite, sin violentarlo, hacerlo más habitable.

La asociación de lo apropiado y cierto sitio permite mirar la condición social del hombre como (usar) las palabras de Illich “ese límite siempre único y creador de frontera en el seno del cual cada comunidad puede comprometer la discusión sobre lo que *debería* permitirse y lo que *debería* excluirse. Preguntarse por lo que siendo apropiado o conveniente en cierto lugar conduce directamente a reflexionar sobre lo bello y lo bien. La verdad del juicio que resultará de esa reflexión será esencialmente” ajena a la economía, el valor, el dinero y la interconexión. Lo apropiado, que sólo puede nacer de una relación proporcional,

cara a cara, es siempre una relación de conocimiento de los otros y lo otro —tierra, aire, animales, plantas— y, en consecuencia, una relación de conservación y de servicio en el sentido antiguo de hospitalidad. Contra el sistema, donde la ética se reduce a cifras y utilidad para optimizar valores y asegurar mediante el Mercado y el dinero un carburante ilimitado, una sociedad sabe buscar el bien que conviene en el seno de una condición humana: en una comunidad, una tradición y un límite. Dos posibles nombres de esa proporcionalidad dentro de la sociedad sistémica que nos

rodea serían, por un lado la subsistencia, y por el otro la economía informal, o “expolar” como la llamó Chayanov, de la que han hablado Jean Robert y Teodor Shanin. Paradójicamente a causa del sistema, ambas están desenchufadas de él y por lo mismo, fuera tanto del polo del Mercado como del Estado. Ambas en condiciones de vivir dentro de esa proporcionalidad.

Desde el levantamiento zapatista en enero de 1994 hasta la formación de los Caracoles en 2003, esta proporcionalidad no sólo se puso en evidencia, sino que causó un revuelo mundial que desgraciadamente terminó por no entenderse. Me explico. En la lucha zapatista, los hombres, atrapados en el malestar de la civilización sistémica, vieron intuitivamente, mediante ese saber oscuro de la poesía, una manera de escapar al sistema y volver a la proporción. Sin embargo, pese al largo trabajo zapatista de poner a hablar a la sociedad civil para que a través de su propia reflexión pudiera poner en claro desde sí misma lo que ellos le habían despertado de manera intuitiva, no se logró. La razón es la ceguera que, como señalé citando a Illich, produce el sistema en la percepción humana. Agobiados en nuestra humanidad por el sistema, todos queremos recuperar el mundo, pero nadie quiere desenchufarse de aquello que el sistema interiorizó en nosotros; nadie, por lo mismo, quiere renunciar y asumir una pobreza, una proporción, una subsistencia voluntaria. Por el contrario, en nombre de los axiomas del sistema, quieren enchufar a los indios a éste y convertirlos, sin darse cuenta de que los

marginados del sistema son seres desarraigados que, expoliados por el mismo sistema y sin poder ya reconocer su saber y su fuerza, buscan enchufarse infructuosamente y desesperadamente. Muy pocos, en el fondo, saben comprender esa lección: tanto la destrucción de la economía campesina como “la criminalización de la economía informal; los esfuerzos que hacen los economistas para no verla[s], y su negación por parte de los intelectuales, son ejemplos de una característica general de la historia de Occidente que es también la guerra contra la subsistencia”. Son una característica propia de la civilización sistémica, que ha logrado velar la sabiduría de la percepción humana hasta pervertir sus más sanas reacciones.

¿Cómo mostrar esta verdad, esa revolución que sigue en la entraña del zapatismo y pocos han comprendido? Quizá la manera sea multiplicar foros, revistas y artículos que hablen sobre la proporción y pongan en claro lo que en los Caracoles y en las economías informales es una práctica de vida, y en la sociedad civil sólo una intuición, una revelación oscura. Esto permitiría proteger, conservar la vida de los que en México tienen una respuesta, e iluminar las conciencias. Una revolución de otra naturaleza, enclavada en los antiguos parámetros, sería una revolución infructuosa que terminaría destruida y asimilada por el sistema. Tenemos que elegir hoy entre el sistema y la proporción. Sólo podemos hacerlo mediante lo que también nos ha enseñado el zapatismo: la paciencia, la perseverancia y la conservación de un mundo, aunadas a la reflexión y la difusión de estas ideas que pocos comprenden y que son necesarias más que nunca.

La crisis del sistema, como la de los

imperios, es una crisis fatal cuya caída nadie podrá detener. Al pensar en el zapatismo me viene a la memoria un hecho histórico. Cuando en el siglo IV, Constantino I, tratando de salvar al imperio romano, mediante el Edicto de Milán dio rango imperial a la Iglesia e inició la corrupción del Evangelio, un grupo de hombres, llamados más tarde los “padres del desierto”, abandonaron las ciudades del imperio y se asentaron en los desiertos de Siria y Egipto. Estos hombres, con inmensa lucidez, debieron intuir no sólo que no podía existir un “Estado cristiano”, sino que la libertad que trajo el Evangelio era incompatible con un control desde arriba, ajeno a la vida comunitaria. Para ellos, la única sociedad cristiana era del orden de la proporción, un lugar donde los hombres fueran realmente iguales y donde la única autoridad por encima de Dios fuera la carismática autoridad de la sabiduría, de la experiencia y del amor encarnado en un común.

Cuando el imperio se desmoronó, estos marginales, asentados en las afueras de las ciudades, salvaron al mundo y crearon la vida de subsistencia de los feudos, antes que la rearticulación imperial de la Iglesia los corrompiera.

Algo de esto hay en el mundo zapatista. La conservación de una sabiduría ancestral y una orientación del hombre en un mundo limitado, el redescubrimiento de la proporción que, como decía Platón en el Timeo, “es la más bella de todas las ligas o relaciones entre dos elementos”. Mientras, en la civilización sistémica, la igualdad implica la idea del hombre universal como subsistema que consume bienes uniformes y globales (y que, como dice Roberto Ochoa, al contraponer “los intereses de todos”, mediante “la ambición de todos los bienes” crea un estado perpetuo de competitividad y guerra), bajo la proporción cada persona y cultura florecen a su manera, “recibiendo el abono de la proporcionalidad como nutrimento de belleza y bondad en las relaciones, la sabiduría del complemento, el equilibrio, la consonancia, la justicia y la [verdadera] paz”.

Esto es lo que el zapatismo nos ha enseñado. Lo que hay que sostener como una realidad revolucionaria nueva que, para volver a Camus, puede evitar que el mundo se deshaga y la habitación que nuestros ancestros prepararon para nosotros se preserve para los que vienen.

Además opino que hay que respetar los Acuerdos de San Andrés.

Javier Sicilia (ciudad de México, 1956) reunió su poesía en *La presencia desierta*. Ha escrito tres novelas, entre ellas la extraordinaria *Viajeros en la noche*. Dirige la revista *Conspiratio*.



La corrupción minera en Virikuta

Yessica Alquiciras, José Godoy,
Evangelina Robles y Ramón Vera Herrera



Hace unos meses que se remacha que la First Silver Majestic Company y la empresa Pietro Sutti consiguieron 22 concesiones mineras para hacer prospección y explotación en San Luis Potosí, en Virikuta o desierto de Coronado (subsistema del Gran Desierto de Chihuahua, una de las más importantes zonas megadiversas en México).

Ya el propio delegado de la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat) en San Luis Potosí, Joel Milán Navarro, se vio obligado a declarar que ni First Majestic Silver ni Pietro Sutti han hecho peticiones formales ni han presentado manifestaciones de impacto ambiental (MIA): "Semarnat hasta ahora no tiene ningún proyecto registrado ni petición por parte de empresas, pues para hacerlo primero tienen que hacer una MIA, pero no hay registro de que lo hayan hecho" (*El Expres*, de San Luis, 8 de abril de 2011).

Pero la empresa Pietro Sutti ha realizado exploraciones en el semidesierto, en la frontera de San Luis Potosí con Zacatecas, por lo menos desde 2009, "bajo su responsabilidad", es decir, sin que constaran autorizaciones de cambio de uso de suelo y sin manifiestos de impacto ambiental, según afirmó Francisco Sandoval, delegado de Semarnat en Zacatecas (*La Jornada San Luis*, 28 de octubre de 2009), para explotar un enorme yacimiento de litio.

No podemos darnos el lujo de dudar del impulso prospector de la minería. Su historial es negro en cuanto a gestión social se refiere, porque la fragmentación, el divisionismo y la ingeniería de conflictos violentos son parte de sus estrategias como consta en otras partes del planeta, y México está desatado abriéndole cancha a las mineras.

Basta revisar las desaseadas reformas a las leyes de minería (de 1996, 2005 y 2006). En 2008 México obtuvo "el quinto lugar mundial con mejor destino a la inversión a la minería", según el reporte *Behre Dolbear*, de febrero de 2009, y el primer lugar en inversión en exploración en América Latina (según el reporte de Metals Economics Group, de marzo de 2009) al recibir el 6 por ciento de la inversión en exploración mundial (626 millones de dólares) quedando por arriba de importantes países mineros como Chile, Perú y Brasil. Ver el *Segundo Informe de Ejecución del Plan Nacional de Desarrollo 2007-2012*, del gobierno federal mexicano (p. 206).

Y si las mentadas concesiones no existen, o no aparecen, recordemos que luego es difícil encontrar los documentos oficiales que evidencien la construcción de la infraestructura necesaria para los sitios de acceso de las mineras, pues los permisos pueden transferirse a los municipios y éstos tal vez los enmascaren con obras a beneficio de los ejidos, carreteras o pozos de agua, que las comunidades autorizan sin saber que están firmando directamente la destrucción de sus pueblos.

Es realmente crucial entender los peligros que se ciernen sobre Virikuta. Cualquier proyecto minero implica abrir conductos subterráneos y/o despanzurrar los cerros, abrir lagunas de lixiviados, alterar los niveles del suelo, enfrentar desplomes. Se envenenará el aire de la región, se afectará de gravedad la enorme riqueza biológica del desierto, la vitalidad de los suelos, los ríos, los manantiales y los mantos freáticos pero también, de un modo brutal, la profunda diversidad social y las posibilidades de futuro de una población de ejidatarios y pequeños propietarios

de origen huachichil con una ancestral presencia custodiando en el desierto.

Las mineras fragmentarán el territorio, propiciarán la instalación de corredores industriales en la región de Catorce con sus minas, maquilas, comercios, cantinas, prostíbulos, centros "recreativos" y enclaves turísticos, y promoverán un clima de corrupción generalizada como cualquier *boom-town*. Expandirán el sistema carretero pavimentado que ya abre sus ramales para mejor extraer los minerales, y se urbanizará el desierto, lumpenizando a quienes hasta ahora viven sobre todo de sembrar milpa de temporal, de ser pastores de chivas y borregos, de recolectar frutos y hierbas medicinales de la amplia vegetación desértica, como hacen las mujeres, sabedoras antiguas de los remedios locales.

Debe quedar claro que el futuro prometido es la destrucción ecológico-social de toda la región y no sólo de las zonas identificadas como el sitio exacto donde estarán las extracciones.

Y por si fuera poco Virikuta es, desde 1999, uno de los 14 sitios sagrados identificados por la UNESCO, sin duda uno de los ámbitos rituales más importantes de América Latina porque está vivo: entraña una relación milenaria entre los habitantes del desierto (que cuentan con títulos ejidales sobre esas tierras) y las comunidades wixárika que van en peregrinaciones anuales a hacer ceremonias, coleccionar jícuri y revitalizar los manantiales, continuando una sabiduría del agua que algunos pueblos indios ejercen de antaño entre ambas sierras madres mesoamericanas para equilibrar los flujos y torrentes del agua en todas sus formas, pues para los wixaritari, Virikuta es una esquina de su territorio simbólico.

Hacia el año 2000, los wixaritari y los huachichiles del desierto habían logrado una profunda relación de respeto mutuo que les posibilitaba cuidar del desierto y disminuir tajantemente el tráfico de especies y de peyote mediante normas autogestionarias pactadas de común acuerdo, tras haber sido declarada Virikuta Área Natural Protegida (por su biodiversidad) en 1994.

Mas los sucesivos planes de manejo propuestos por organismos de conservación, como WWF, junto con otras ONG y las dependencias federales y autoridades potosinas, a todos los niveles de gobierno, fueron coartando y lastimando esta relación respetuosa, en un proceso de fiscalización creciente de los peregrinos wixaritari, a los que se intenta controlar mediante credenciales, certificación, cuotas de colecta, permisos y planificación de ruta y acceso, más el hostigamiento intolerable de policía y ejército cual si fueran traficantes, mientras se le abre la puerta al verdadero tráfico de sustancias y a la corrupción de la región.

Enfrentar a las mineras y toda su corrupción implica ineludiblemente fortalecer los lazos milenarios entre las comunidades huicholas y los ejidatarios del desierto. Es también la hora de hacer valer todos los derechos consagrados en las leyes mexicanas, en convenios como el 169 de la OIT y el de Viena, y en la reciente jurisprudencia de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos que cifra la relación de los pueblos con su territorio en algo más que la mera posesión y producción, a partir de elementos espirituales y culturales.

Mediante acciones legales, nacionales o internacionales, las comunidades wixárika han sabido recuperar miles de hectáreas de su territorio ancestral, algo que les ha dado reconocimiento mundial por su transparencia y su efectividad jurídica. Hay que sumarnos a estas acciones con toda la fuerza social disponible.

Los bosques de la comunidad de Cherán, en el corazón de la meseta purhépecha, en Michoacán, han sido devastados por talamontes protegidos por "grupos armados de corte paramilitar", quienes han agredido a la población durante los últimos tres años, con un saldo de nueve asesinados y cinco desaparecidos y/o secuestrados, además de lesionados, asaltados y extorsionados.

El pasado 15 de abril la comunidad dijo ¡basta! y a partir de ese momento se organizó la defensa de los bosques y la seguridad de los habitantes. Cherán permanece ahora resguardada con barricadas organizadas por el pueblo, quienes no están dispuestos a que se siga talando el poco bosque que les queda, y no permitirán, aseguran, nuevas agresiones a los habitantes de la comunidad.

La resistencia contra la tala clandestina, aunque dispersa, inició en 2008, cuando se acrecentó la devastación en el cerro Pacuacaracua. Hasta el momento, denuncian comuneros de Cherán, se ha destruido totalmente más del 80 por ciento del bosque en acciones acompañadas con la siembra del miedo, pues los taladores procedentes de Capacuaro, Tanaco, Rancho Casimiro, Rancho Morelos y Rancho Seco, asolan la comunidad con armas de alto calibre.

Antes de la resistencia organizada, la comunidad hizo múltiples denuncias al gobierno estatal de lo que estaba ocurriendo, pero éste no actuó y ni siquiera investigó: "Los tres niveles de gobierno han sido cómplices de las agresiones y la destrucción del bosque, pues nunca atendieron el problema. Nos decían que se trataba sólo de un problema comunal, pero todo está relacionado con el crimen organizado en Michoacán", afirman los comuneros entrevistados en la ciudad de México la segunda semana de mayo.

Con la devastación del bosque, señalan, "llegó la muerte no investigada y una directa agresión a nuestro existir". Cherán cuenta con 27 mil hectáreas de territorio comunal y, dentro de ellas, 20 mil hectáreas boscosas, de las cuales han sido incendiadas y taladas (totalmente destruidas) más del 80 por ciento, y el otro 20 por ciento también ha sido talado, pero aún no ha sido incendiado.

La devastación, comentan los comuneros, afecta el ambiente con la disminución de los mantos acuíferos y manantiales, la desaparición de aves, venados, zorros, ardillas, armadillos y demás fauna, además de la destrucción de plantas medicinales como hongos, tila, jara, niritén y resina, entre otras muchas plantas curativas tradicionales. "Es un ecocidio completo que afecta nuestras vida y cultura, pues la comunidad depende de su relación con el bosque", advierten los comuneros.

"Al quitarnos el bosque" —continúan— "nos quitan toda nuestra forma de vida". Cherán, explican, tiene registradas siete variedades de pino y con la devastación algunas ya no se van a recuperar. Es decir, se extinguirán algunas variantes que se dan únicamente en esta región. "Es así como arrastran no sólo con nuestra existencia como pueblo, sino con el medio ambiente y la humanidad".

"Ya no nos vamos a dejar". El 15 de abril los comuneros decidieron empezar a detener ellos mismos a los talamontes. La gota que derramó el vaso fue que les derribaron árboles en el ojo de agua La Cofradía, que históricamente abastece a la comunidad. A partir de ese momento el conflicto se intensificó hasta el punto del asesinato de dos de sus compañeros y un herido, agredidos cuando los pobladores se movilizaron para impedir el paso de los vehículos cargados de madera.

Ante la tala clandestina y la violencia Cherán organiza su defensa

Hasta el lugar llegó un grupo armado que proteje a los talamontes. Los comuneros aseguran que se trata de grupos de corte paramilitar y que al frente iba una patrulla de la policía municipal. Los agresores abrieron fuego contra la población y mataron a dos de sus compañeros.

Ese mismo día los habitantes de Cherán salieron a las calles a defenderse. Montaron barricadas con piedras, palos y todo lo que encontraron, cubriendo los alrededores del pueblo para impedir el ingreso de los grupos armados y nuevas agresiones. A partir de ese momento mantienen la vigilancia las 24 horas del día, en turnos organizados directamente por los pobladores y con el apoyo de comunidades vecinas que les han manifestado su solidaridad. "Así empezó la organización para proteger a nuestra comunidad, los bosques y la búsqueda de la justicia".

En estas tres semanas la vida ha cambiado totalmente en Cherán. Ahora están en un proceso de organización y de defensa y, sobre todo, pensando en colectivo los pasos siguientes. "Nuestro pueblo se siente defendido por el mismo pueblo. Después del 15 de abril la comunidad se siente unida, segura, respaldada. Los señores, los niños, las mujeres

humillados, porque aunque muchos resistían a los talamontes, también había miedo. Lo de ahora es el primer paso para la reconstrucción de nuestro pueblo. Y ya no hay para atrás".

Un numeroso grupo de comuneros participó en la Marcha por la Paz con Justicia y Dignidad, en atención al llamado del poeta Javier Sicilia, y del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Hoy, afirman, ya no se sienten aislados y están recibiendo apoyo y solidaridad de las comunidades vecinas de Cheranasteco, Sevina, Nurío, Nahuatzen, San Ángel Surumukapio y Zamora, además de organizaciones y colectivos de Morelia y de otras partes de México.

Los retos más importantes en estos momentos, enumeran los comuneros entrevistados por *Ojarasca*, son recuperar la paz en Cherán, que haya justicia para toda la comunidad y se garantice la seguridad de los pobladores; que haya libertad de tránsito sin temor a ser agredidos, libertad de trabajar e ir a la escuela. Libertad para vivir, en resumen.

La comunidad exige que las autoridades actúen de inmediato "contra los talamontes y sus grupos armados paramilitares". No están solicitando, aclaran, la entrada del Ejército federal ni de la policía a la comu-



salieron de sus casas y se unieron a las barricadas. Todos cerramos nuestras casas y nos apostamos en las esquinas para defender a nuestra comunidad".

El cúmulo de agresiones y los recientes asesinatos colmaron su paciencia y les dieron fortaleza y nueva organización: "Hemos aprendido algo nuevo en Cherán. Nos estamos organizando en guardias todos los días, con machetes en la mano, alrededor de las fogatas y tomándonos un café. La gente en el pueblo está fuerte y dicen, orgullosos, 'hasta que hicimos algo'. Antes nos sentíamos muy

nidad, sino que se frenen la tala clandestina, los asesinatos, las extorsiones, los secuestros, las desapariciones y los asaltos. Y que las autoridades hagan su trabajo fuera del perímetro de la comunidad, donde se localizan los grupos armados y los talamontes.

Mientras tanto, en Cherán los pobladores ejercen su derecho al uso de sus rondas tradicionales (brigadas de vigilancia interna), para la defensa de su territorio, incluyendo, por supuesto, los bosques.

Gloria Muñoz Ramírez

Comuneros de Atlapulco hablan de su autonomía

El suelo, el agua, la ardilla, el coyote y nosotros mismos

Marcela Salas Cassani, San Pedro Atlapulco, Estado de México. “Esta comunidad aún existe porque hubo un movimiento en los años setenta que evitó la privatización de nuestras tierras. Durante los años sesenta se vendieron de forma ilegal terrenos comunales, pero un grupo de jóvenes pugnarón por que se decretara la ilegalidad de la venta y lograron recuperar los predios. Ésta fue la primera restitución agraria que se dio en el país”.

La historia, sin embargo, ha ido perdiéndose con el tiempo, junto con el sentido de identidad comunitaria. “Sentimos que a nuestros padres les faltó hablarnos de la experiencia que vivieron para defender la tierra y transmitirnos sus ideales comunitarios. Ahora, estamos tratando de evitar eso llamando a los jóvenes. Por ejemplo, hace poco fue la inauguración del invernadero e invitamos a nuestras esposas e hijos. Estamos tratando de privilegiar la comunicación y la educación”, afirma el comunero Esteban Solano Peña.

Los logros de la organización comunitaria se reflejan no sólo en los proyectos de educación y en la nueva granja cooperativa que es el orgullo de la comunidad. Durante el periodo administrativo anterior se planteó al gobierno de la ciudad de México la necesidad de dar una compensación a San Pedro Atlapulco por el usufructo de agua de esta comunidad desde tiempos inmemoriales. La petición del comisariado se justificó en la cantidad de agua que diariamente aporta Atlapulco al Distrito Federal, así como en las tarifas que el gobierno cobra por ella y la cantidad de personas beneficiadas. El resultado fue la entrega del 56 millones de pesos (por derecho de uso de agua de 2006 a 2012) que fueron invertidos en infraestructura. El hecho de que se lograra la compensación no afectó la autonomía, aseguran los comuneros, quienes insisten en que siguen trabajando en la reconstrucción de sus formas de organización.

Actualmente, señala Solano, “quisiéramos tener más incidencia en las decisiones de la comunidad para preservar los recursos, y creemos que para ello es nuestra obligación entender cada vez más lo que ocurre. Hace algunos años, cuando se empezaban a apro-

vechar las minas de cascajo, era natural venderlo para obtener recursos, pero ahora sabemos que ese tipo de suelo genera una filtración idónea. Debemos entender cada componente de nuestra comunidad: el suelo, el agua, la ardilla, el coyote y nosotros mismos”.

Para lograr el objetivo de “entender más”, los habitantes de San Pedro Atlapulco, tienen una biblioteca con documentos históricos e informativos. “Aspiramos a generar un programa pedagógico accesible para los niños, pues hay datos de la comunidad que muchos (incluso los adultos) ignoramos. Por ejemplo, pocos conocemos su polígono exacto. Si un niño sabe a dónde llega su comunidad seguramente hará un esfuerzo por conservarla, por cuidarla y cuando vea que están afectando las tierras que conoce, va a responder”, dice Esteban Solano.

Los comuneros ñahñú realizan también un proyecto de granja cooperativa, esfuerzo cuyas finalidades primordiales son fortalecer la organización comunal, sembrar la tierra y “trabajar para vivir de los recursos que hay en la comunidad sin dañarla”, señala Solano Peña, uno de los fundadores de la iniciativa colectiva.

La nueva granja no sólo es un proyecto autogestivo, sino que lo más importante es que está apoyando la reconstrucción del tejido comunitario: “Este proyecto comenzó únicamente con lo que teníamos, con lo que somos: las tierras y el trabajo. Y empezó bien, porque nos daba gusto volvernos a encontrar, convivir y estar en el surco. Así fue como sembramos cuatro hectáreas de maíz y haba, y desde entonces fuimos avanzando”, explicó el comunero de Atlapulco.

La idea de la granja nació en 2010 como una necesidad de materializar un proyecto surgido durante la gestión administrativa realizada en la comunidad por Solano, Juan Dionisio y otros miembros de la cooperativa. “Durante nuestro periodo al frente de la administración de los bienes comunales hicimos un plan de acción a largo plazo para responder a las necesidades, pero no tuvimos tiempo suficiente para capitalizar estos planes, y por ello ahora estamos llevándolos a cabo”.

Un año después, los cooperativistas

están produciendo huevo, pues con la cosecha de maíz, avena y haba del año pasado adquirieron gallinas, borregos y algunas vacas que están por dar a luz. Su trabajo de este año les ha permitido tener ya 12 hectáreas sembradas, más un invernadero, que empezará a producir jitomates a finales del año.

“El resultado del esfuerzo inicial es muy bonito, porque podemos ver los frutos de nuestro trabajo materializados. Empezamos a vislumbrar la posibilidad que anhelábamos: generar trabajo para los demás miembros de la comunidad, producir los alimentos que vamos a consumir y propiciar un intercambio entre lo que producen otros compañeros. Un claro ejemplo son los borregos, pues un compañero nos los

orgánicos hacemos composta para eliminar —en la medida de lo posible— el empleo de fertilizantes químicos”.

Aunque los miembros de la cooperativa han logrado avances significativos, existen al interior de la comunidad diversos problemas. “Por ejemplo” —dice Esteban— “hay un sector de la comunidad a favor de que se preserven los recursos naturales, pero hay otro que piensa ‘ya que hay recursos, debemos aprovecharlos’. Hay además compañeros convencidos de la importancia de preservar el trabajo comunal, pero formar parte de la granja implica ‘perder’ un día y medio de trabajo, más 50 pesos de cooperación semanales y esto limita la participación de varias personas”.



ZITLALA, EN LA MONTAÑA BAJA DE GUERRERO FOTOS: FRANCISCO OLVERA/LA JORNADA

intercambia por avena, y “quienes no tienen dinero para la cooperación semanal, nos dan zacate para alimentar a las vacas. La idea es darle continuidad al proyecto para que contribuyamos de manera determinante a la solución de los problemas que tenemos como personas, como familias, como comunidad”, comentó orgulloso Esteban Solano.

Los comuneros mexiquenses aseguran estar realizando un esfuerzo integral para mejorar el aprovechamiento de los recursos: “Todos juntamos los sobrantes de desperdicios orgánicos la tortilla y el pan, y se los damos a las gallinas, para que la alimentación sea más sana. Con los demás residuos

“A mí me parece muy importante” —aseguró Crispín Rosas Peña, comunero originario y ex presidente de Bienes Comunales— “que sigan naciendo proyectos como el de la granja cooperativa porque actualmente el país sufre por falta de productos agrícolas; ojalá que otros grupos hicieran conciencia y se organizaran para seguir produciendo la tierra, porque nos hemos convertido en un pueblo consumidor”.

**página
final**